

Ni hay que empeñarse en añadir nombres á un catálogo en que tantos sobran. La cosecha poética en este tiempo fué tal, que pone espanto al investigador más paciente y aguerrido. No se puede formar idea de ella por el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, que para esta época es pobrisimo, y apenas contiene muestras de unos veinte y nueve trovadores que realmente perteneciesen á ella. Las verdaderas colecciones poéticas para este reinado son otros Cancioneros, la mayor parte manuscritos: el llamado de *Gallardo*, dos de la Biblioteca de Palacio, el de *Stúñiga* en parte, el de *Ixar*, varios de la Biblioteca de Paris, sin olvidar, para los muchos portugueses que ya comenzaban á escribir en castellano, el copioso y bien conocido *Cancionero de Resende*, del cual debemos esmerada reimpresión á los bibliófilos de Stuttgart.

Nadie puede exigir de nosotros, y sería, por otra parte, tarea impropia de este lugar y fastidiosísima por todo extremo, el examen individual de tantos versificadores, adocenados é insípidos en su mayor número. Los Cancioneros están reclamando un trabajo crítico, bibliográfico, filológico é histórico, para el cual existen ya, aunque muy desparramados, excelentes materiales. Convendría hacer un catálogo general de todos estos poetas, con nota exacta de las diversas composiciones suyas registradas en cada una de las colecciones, y con cuantas noticias pudieran allegarse acerca de sus personas. Pero este trabajo, que por muchos conceptos sería de la mayor utilidad, nada tiene que ver con el juicio puramente literario, el cual sólo debe recaer sobre aquellos versos que son realmente poesía, y que, muy escasos siempre y en todas partes, por fuerza han de serlo más en escuelas tan artificiosas como la del siglo xv, que principalmente estimaba la poesía como pueril gimnasia de rimas ó como ostentación de una falsa ciencia. En este volumen y en los cuatro anteriores hemos procurado reunir cuanto en los cancioneros puede interesar á una persona de gusto

que no haga de la historia del siglo xv objeto especial de sus estudios. Al juzgar hoy esta poesía debemos ser fieles al mismo criterio que predominó en nuestra selección, y detenernos sólo ante las figuras culminantes.

Tres poetas compendian la literatura del tiempo de D. Juan II, y son también los únicos cuyas obras merecieron conservarse íntegras y ser coleccionadas aparte. Este homenaje indirecto que les prestaron sus contemporáneos ha venido á ser confirmado por el juicio de la posteridad. Estos tres poetas son Fernán Pérez de Guzmán, el Marqués de Santillana y Juan de Mena. Ellos darán principal asunto á nuestro estudio, pero antes conviene decir algo de un extraño personaje de quien no se conserva un solo verso, pero á quien es imposible omitir en una historia de nuestra poesía, porque fué autor de la primera Poética castellana.

II

La vida y escritos de D. Enrique de Villena (1384-1434) exigen un libro que no ha sido escrito aún (1). Todo interesa en su persona, y hay todavía muchos enigmas que resolver en su historia. Su propio carácter aparece envuelto en nieblas y contradicciones; su sabiduría, grande á los ojos de unos, resulta para otros misteriosa y problemática. La mayor parte de sus libros han perecido, sin duda, pero aun los que quedan distan mucho de haber sido estudiados íntegramente ni de haber entregado á la curiosidad del erudito todo lo que realmente contienen de útil para la biografía de

(1) Sabemos que pronto verá la luz pública un extenso estudio biográfico y crítico de D. Enrique, debido á la docta pluma del joven y erudito investigador D. Emilio Cotarelo.

su autor y para el conocimiento de las ideas de su tiempo. Personaje flotante entre la historia y la leyenda, lo fabuloso importa en él tanto ó más que lo verdadero. Ha llegado á la categoría de símbolo: es popular de todas veras: en su leyenda había el germen de un Fausto español, á quien sólo ha faltado un Goethe que le desenvolvese. El siglo xv personificó en él la inquieta curiosidad científica que vuelve las espaldas á Dios y al mundo, y entrega su alma al diablo para adquirir la posesión de las artes mágicas y *non complíderas de leer*.

Su vida no justifica en rigor su leyenda, pero ofrece el más cómico y lamentable contraste entre la grandeza de sus estudios y aspiraciones y la flaqueza y poquedad de su carácter. No fué D. Enrique un hombre puramente *intelectual*, como ahora dicen, ni vivió absorto siempre en sus exóticas lucubraciones: al contrario, fué ambicioso, altanero, despilfarrado y un tanto epicúreo; pero el resorte de la acción constante y viril le faltó siempre; la molicie de su carácter, acrecentada por sus hábitos sedentarios y estudiosos y por la ingénita aversión que sentía á las artes de la guerra, le tornó incapaz de resistir las condiciones de la vida de su tiempo, le hizo caer rendido y maltrecho en la lucha, le convirtió en objeto de compasión desdeñosa, y acabó por condenarle, en el vigor de su edad, á la pobreza, al aislamiento y aun á cierto género de *capitis diminutio* ó de menos valer dentro de la clase privilegiada á que pertenecía. No hubo cosa en que pusiese mano que no le resultase mal: cualquiera diría que alguno de aquellos espíritus traviesos y burlones que él evocaba según la leyenda, se complacía en enredar los hilos de la trama de su vida, haciéndola degenerar en farsa grotesca. Nacido en las gradas de un trono, descendiente por línea paterna de la casa de Aragón y por línea materna de la de Castilla, hubiera debido ser rico y poderoso, y todo su tesoro, como tesoro de alquimista al cabo, se le convirtió en carbones. Nunca

llegó á ser Marqués de Villena y Condestable de Castilla como su abuelo, ni siquiera á disfrutar del condado de Cangas de Tineo, aunque D. Enrique III nominalmente se le otorgase; ni á pesar de su desatinado empeño en llegar á Maestre de Calatrava, sin arredrarle el escándalo de un divorcio ni la infamia de una declaración de impotencia (doblemente vergonzosa por ser falsa y amañada), pasó su maestrazgo de cisma efímero, aunque bastante duración tuvo para arruinarle y deshonrarle perpetuamente. En 1414 todo se había ido ya en humo: marquesado, condado y maestrazgo: bien dice Fernán Pérez de Guzmán (digno sobrino del Canciller Ayala) que «*este caballero, aunque fué tan grand letrado, supo muy poco en lo que le complía*». Evidente y probada á los ojos de todos la ineptitud de D. Enrique para los «*negocios curiales é ceviles*», y aun para el buen regimiento de su casa y hacienda, nadie volvió á tomarle en serio, y sus únicos triunfos fueron ya de certamen literario. Cuando fué al reino de Aragón en la comitiva del Infante de Antequera, se convirtió en un presidente de juegos florales y organizador de justas y mascaradas poéticas en Zaragoza y Barcelona, y es de ver con qué candorosa satisfacción y cuán poseído de su papel nos cuenta en el *Arte de trovar* el ceremonial de aquellas fiestas de la Gaya Ciencia, remedo, todavía más pedantesco y degenerado, de las del Consistorio de Tolosa. El pasaje es largo y ha sido muy citado; pero es tan entretenido y de tanta curiosidad histórica, que no podemos menos de transcribirle aquí, como en su lugar propio:

«E llegado el día prefijado, congregávanse los mantenedores é trovadores en el palacio donde yo estaba; é dallí partíamos ordenadamente con los vergueros delante los libros del arte que traían é el registro de los mantenedores. E llegados al dicho Capitol, que ya estaba aparejado é emparamentado de paños de pared alrededor é fecho un asiento de frente con gradas, en donde estaba don Enrique en medio é los man-

tenedores de cada parte, é á nuestros pies los escribanos del Consistorio, é los vergueros más baxo, é el suelo cubierto de tapicería é fechos dos circuitos de asientos donde estavan los Trovadores, é en medio un bastimento quadrado, tan alto como un altar, cubierto de paños de oro, é encima puestos los libros del Arte é la Joya; é á la man derecha estava la silla alta para el Rey, que las veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegava.

»E fecho silencio, levantábase el Maestro en Teología, que era uno de los mantenedores, é facía una presuposición con su tema é sus alegaciones é loores de la gaya sciencia, é de aquella materia que se avía de tractar en aquel consistorio é tornávasse á asentar. E luego uno de los vergueros decía que los trovadores allí congregados espondiesen é publicasen las obras que tenían fechas de la materia á ellos asinada; é luego levantábase cada uno, é leía la obra que tenía fecha en voz inteligible, é traíanlas escriptas en *papeles damasquinos* de diversos colores, con letras de oro é de plata é iluminaduras preciosas, lo mejor que cada uno podía, é desque todas eran publicadas, cada uno la presentava al escribano del Consistorio.

»Teníanse después dos Consistorios, uno secreto é otro público. En el secreto facían todos juramento de juzgar derechamente, sin parcialidad alguna, según las reglas del Arte, cuál era mejor de las obras allí examinadas é leídas puntualmente por el escribano. Cada uno dellos apuntava los vicios en ella contenidos é señalábanse en las márgenes de fuera. E todas asy requeridas, á la que era hallada sin vicios ó á la que tenía menos, era juzgada la Joya por votos del Consistorio.

»En el público congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio: é D. Enrique partía dende con ellos, como está dicho, para el capítulo de los fraires predicadores, é colocados é fecho silencio, yo les facía una Presuposición loando las obras que ellos

havian fecho, é declarando en especial qual dellas merecía la Joya, é aquella trahía ya el escribano del Consistorio en pergamino, bien iluminada, é encima puesta la corona de oro, é firmávanlo D. Enrique al pie, é luego los mantenedores, é sellávala el escribano con el sello pendiente del Consistorio é trahía la Joya ante D. Enrique, é llamado el que fizo aquella obra entregávale la Joya é la obra coronada por memoria, la qual era asentada en el Registro del Consistorio, dando autoridad é licencia para que se pudiese cantar é en público decir.

»E acabado esto tornávamos dallí al Palacio en ordenanza é yva entre dos Mantenedores el que ganó la Joya, é llevávale un mozo delante la Joya con ministriles é trompetas, é llegados á Palacio faciales dar confites é vino, é luego partían dende los mantenedores é trovadores con los ministriles é Joya, acompañando al que la ganó fasta su posada, é mostrábase aquel aventaje que Dios é natura hicieron entre los claros ingenios é los oscuros: é non se atrevían los idiotas.»

Fué aquella breve temporada de 1412 la única en que D. Enrique pudo saborear plenamente los infantiles placeres de la vana gloria literaria tal como él la entendía y la entienden muchos. Entonces fué también cuando, para solemnizar la coronación de D. Fernando el Honesto en Zaragoza, compuso cierta representación ó farsa alegórica, en que eran interlocutores la Justicia, la Verdad, la Paz y la Misericordia (1).

Pero aquella aurora de favor fué tan rápida como

(1) En el texto de la Crónica de Alvar García de Santa María, copiado por Ustarroz en sus adiciones á las *Coronaciones* de Blancas, no se dice que fuera D. Enrique el autor de esta representación, como se viene repitiendo por todos sobre la fe de D. Blas Nasarre, que quizá encontraría la noticia en alguna otra copia de la misma Crónica. Lo que allí se da á entender es que la representación estaba en catalán, y que el mismo cronista Alvar García la tornó en palabras castellanas.

el paso del Infante de Antequera por el trono de Aragón. Estaba escrito que las dichas del de Villena habían de ser siempre efímeras y fantasmagóricas, como cosa de brujería y tesoro de duendes. Apagáronse los ecos de las alegres músicas, enmudecieron juglares y ministriles, y en vez de las ruidosas cabalgatas, y de los carros alegóricos, y de los consistorios de la gay ciencia, vióse reducido D. Enrique á las tristes soledades de su pobre señorío de Iniesta, ó de la villa de Torralba, sin más recreación que el horno químico y el astrolabio, entreverados con el culto de la gastronomía. Allí escribió la mayor parte de sus obras, y allí comenzó á padecer en pies y manos el tormento de la gota, que antes de los 50 años le condujo al sepulcro, hallándose casualmente en Madrid, á 15 de Diciembre de 1434. Puede inferirse de la semblanza que de él trazó Fernán Pérez de Guzmán, que su desmedida inclinación á los placeres de la mesa y del amor no contribuyeron poco á acortar sus días, tan laboriosos, sin embargo, y fecundos en tantas obras diversas.

No son muchas, sin embargo, las que han llegado á nosotros, salvadas del expurgo que de sus libros hizo, por mandato del rey D. Juan II, el obispo de Segovia, Fr. Lope Barrientos, reservando unos y condenando otros á las llamas. La historia de este auto de fe, en que el Rey parece haber tenido más culpa que Fray Lope, al revés de lo que afirma el mentiroso relato del ingeniosísimo falsificador que en el siglo XVII forjó el *Centón Epistolario*, está consignada por el mismo Barrientos en su *Tratado de las especies de adivinanza*, donde al tratar del famoso libro mágico del *Angel Raziél*, escribe: «Este libro es aquel que después de la muerte de D. Enrique de Villena, tú, como rey cristianísimo, mandaste á mí, tu siervo et fechora, que lo quemasse á vuelta de otros muchos, lo cual yo puse en ejecución en presencia de algunos tus servidores... é puesto que aquesto fué et es de loar, pero por otro respecto en alguna manera es bueno de guardar los

dichos libros, tanto que estuviessen en guarda é poder de buenas personas fiables, tales que non usassen dellos, salvo que los guardassen al fin que en algúnd tiempo podrían aprovechar á los sabios».

Queda, pues, reducida á sus justos límites la fábula de «las dos carretas cargadas de libros», de los cuales «fizo quemar más de ciento» Fr. Lope; sin verlos «más que el Rey de Marroecos», ni entenderlos más «que el Dean de Cidá-Rodrigo», con todas las demás circunstancias novelescas que en el apócrifo *Centón* se contienen y que divulgó y adobó á su modo la enciclopédica pluma del P. Feijóo, principal propagandista de esta conseja. Ni sabemos ni podemos adivinar cuántos eran los libros ni mucho menos cuáles fueron los quemados, puesto que sólo del *Raziél* consta en términos expresos. Lo más seguro es atenerse á la *Crónica de D. Juan II*, la cual dice sencillamente que «Fr. Lope miró los libros é fizo quemar algunos, é los otros quedaron en su poder». Y ciertamente que si todos los que quemó eran por el estilo del *Angel Raziél*, no es para llorada tan amargamente la pérdida. Véase el contenido del tal libro según le compendia Barrientos:

«Después que Adam conoció su vejez é la brevedad de su vida, envió uno de sus hijos al parayso terrenal para que demandase al ángel guardador del parayso alguna cosa del árbol de la vida para que comiendo de aquello reparase su flaqueza é impotencia. E yendo el hijo al ángel, segund le avía mandado Adam, dióle el ángel un ramo del árbol de la vida, el qual ramo plantó Adam é creció tanto, que después se fiso dél la cruz en que fué crucificado nuestro Salvador. E demás desto, disen los auctores desta ciencia reprobada, quel dicho ángel enseñó al hijo de Adam esta arte mágica, por la cual podiesse é sopiesse llamar los buenos ángeles para bien faser, é los malos para mal obrar. E de aquesta doctrina afirman que uvo nascimiento aquel libro que se llama *Rasiel*, por

quanto llamavan así al ángel guardador del parayso que esta arte enseñó al dicho fijo de Adam.....»

Que D. Enrique de Villena cultivase la ciencia verdadera y positiva, es cosa que de ningún modo puede dudarse, aunque ignoramos todavía cuáles fueron sus adelantos en ella. La generosa voz de Juan de Mena, sonando á través de las edades como protesta de la cultura castellana contra la destrucción de sus libros (fuese en grande ó en mínima parte) bastaría para atestiguarlo:

Aquel que tú vees estar contemplando
En el movimiento de tantas estrellas,
La fuerza, la orden, la forma daquellas,
Que mide los cursos de cómo é de cuándo;
E uvo noticia filosofando
Del movedor é los conmovidos;
De fuego, de rayos, de son de tronidos,
E supo las causas del mundo velando;
Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
Aquel que en el Cástalo monte resuena,
Es D. Enrique, señor de Villena,
Onra de España é del siglo presente.
¡Oh inelyto sabio, auctor muy sciente,
Otra é aun otra vegada yo lloro
Porque Castilla perdió tal tesoro
Non conocido delante la gente.
Perdió los tus libros sin ser conocidos,
E como en exequias te fueron ya luego
Unos metidos al ávido fuego,
E otros sin orden no bien repartidos.
.....

A mayor abundamiento, el libro de Astrología que recientemente ha aparecido y en la Biblioteca Nacional se custodia, y que si materialmente no es suyo, á lo menos está compaginado con su doctrina, podría confirmar el crédito de su saber matemático y astronómico, puesto que nada se encuentra en él que no pertenezca á la pura ciencia.

Pero la ciencia falsa y supersticiosa andaba en la Edad Media tan mezclada con la ciencia real y positiva, y era por otra parte el espíritu de D. Enrique

(como en todos sus libros se manifiesta) tan nimiamente crédulo, tan puerilmente curioso, tan ávido de todo lo extraordinario y sobrenatural, y, por decirlo todo en una palabra, tan indisciplinado y vagabundo, que forzosamente habian de tener en él un adepto fervoroso todas las ciencias ocultas, en cuya estéril indagación consumió gran parte de sus viglias. Convertirle en un mártir de la libertad científica, cuya desgracia única consistió en adelantarse á su tiempo, es un concepto falso y anacrónico que no puede menos de hacer reir á los que hayan leído, por ejemplo, el *Tractado del aojamiento ó fascinología*. Tales lucubraciones debieron de parecer estrafalarias á sus mismos contemporáneos, entre quienes no faltaban espíritus escépticos y burlones. Él mismo se queja en su revesado estilo del poco caso que se hacia de sus libros: «Pocos fallo que de las mias se paguen obras». Y leído el *Aojamiento*, no hay modo de negar crédito al severo y juicioso Fernán Pérez de Guzmán cuando, reconociendo la loable aplicación de D. Enrique á otros estudios más racionales, deplora que no se contuviese en los límites de «las ciencias aprobadas y católicas» y se abatiese á *raheces* interpretaciones de *sueños y estornudos* y otras curiosidades vanas y sin provecho, que no convenian á un príncipe, y menos á católico cristiano; por lo cual le tuvieron en poca estimación y reverencia los caballeros de su tiempo.

Puede decirse que la leyenda de D. Enrique mágico empezó á formarse en vida suya, aunque con el transcurso de los tiempos fué desapareciendo ó amenguándose la parte cómica que tanto daba en ojos á los contemporáneos, y creciendo el prestigio misterioso y siniestro, acrecentado, sin duda, por el recuerdo de la quema de sus libros. El desarrollo de esta leyenda puede dar asunto á uno de los más curiosos capítulos del *folk-lore* peninsular.

Pocos años después de la muerte del Señor de Iniesta ya comenzaron á apoderarse de su nombre los alqui-

mistas y otros iluminados ó embaucadores, y á inventar libros apócrifos con su nombre ó que se suponían hallados entre los de su famosa biblioteca. Uno de éstos fué el libro *del Tesoro ó del Candado*, que por otra falsedad todavía mayor se quiso achacar á la gloriosa memoria de Alfonso el Sabio. Pero aún es más curiosa y significativa en este respecto la *carta* que se supone escrita por los veinte sabios cordobeses á D. Enrique de Villena. En tan estupendo documento (1) se le atribuyen entre otras facultades maravillosas la de *embermejecer* el sol con la piedra *heliotropia*, adivinar lo porvenir por medio de la *chelonites*, hacerse invisible con ayuda de la hierba *andrómena*, hacer tronar y llover á su guisa con el *baxillo de arambre*, y congelar en forma esférica el aire, valiéndose para ello de la hierba *yelopia*. En la respuesta, D. Enrique refiere á sus discípulos un sueño alegórico, en que se le aparece Hermes Trimegisto, maestro universal de las ciencias, montado sobre un pavón, para comunicarle una pluma, una tabla con figuras geométricas, la llave de su encantado palacio, y, finalmente, el arquetipo de las cuatro llaves, donde se encerraba el gran misterio alquímico.

A la sombra de estas patrañas simbólicas de los alquimistas, fué cobrando crédito la opinión vulgar que atribuía el saber de D. Enrique á pacto expreso ó tácito con el demonio, llegando á penetrar en el siglo XVI en las obras de graves historiadores, tales como el cronista de las tres Ordenes militares Fray Francisco de Rades y Andrada, quien reconociendo que el de Villena «fué grandísimo letrado en ciencias de humanidad, es á saber: en las artes liberales, astrología, astronomía, geometría, aritmética y otras semejantes», añade que «de la judiciaria y necromancia supo tanto, que se dizen y leen cosas maravillosas que hazía, con tanta admiración de las gentes, que juzga-

(1) Publicado por D. José Ramón de Luanco en su libro sobre *La Alquimia en España*.

ron tener pacto con el demonio: compuso muchos libros destas ciencias, en las cuales, aunque avia muchas cosas de gran ingenio y artificio útiles á la República, avia otras de mal exemplo y sospechosas de que su autor tenia el dicho pacto».

Pero las más fantásticas leyendas relativas á la magia de D. Enrique no tomaron cuerpo hasta el siglo XVII. Me refiero á la conseja de la sombra perdida, con la cual engañó al diablo, burlándose del pacto que con él tenia hecho (asunto análogo al del lindo cuento de Chamisso, *Pedro Schlemihl*); y á la de su aprendizaje y enseñanza de las ciencias ocultas en la famosa cueva de San Ciprián de Salamanca, «nefandísimo gimnasio á modo de cripta», del cual todavía dice haber encontrado vestigios el bueno del P. Martín del Río. El teatro y la novela se apoderaron ávidamente de tales invenciones, y desde *La Cueva de Salamanca*, de Alarcón, *Lo que quería ver el Marqués de Villena*, de Rojas, y *La Visita de los chistes*, de Quedo, hasta *La Redoma encantada*, de Hartzzenbusch, y el ingenioso cuento de Bremón *La hierba de fuego*, D. Enrique ha sido protagonista obligado de comedias de magia y narraciones fantásticas, y prosigue en su redoma hecho jigote y picadillo, para renacer continuamente y servir de solaz á las futuras generaciones infantiles. Este es un género de inmortalidad literaria tan positivo como otro cualquiera, y probablemente se la debe D. Enrique á Fr. Lope Barrientos. Nadie lee hoy sus libros; pero para pasar por un grande hombre y un nigromante prodigioso, bastóle que un fraile quemase una parte de su biblioteca después de muerto.

De las obras suyas que nos restan, inéditas ó impresas y nunca reunidas en colección, muy pocas se refieren á sus estudios favoritos, porque éstas hubieron de ser las que principalmente fueron destruidas. Prescindiendo del *Tratado de Astrología*, cuya autenticidad no está comprobada ni mucho menos, y que en su re-

dacción actual pertenece indisputablemente á un Andrés Rodríguez que dice haber trabajado sobre manuscritos que D. Enrique envió al obispo D. Alonso de Cartagena, nos queda la extraña carta sobre el *aojamiento ó mal de ojo*, publicada modernamente, aunque en forma harto incorrecta, por una copia de la colección Floranes. En los tratados de Fr. Lope Barrientos, *de las especies de adivinanza, del caso et fortuna, del dormir et despertar et del soñar*, se puede inducir mucho de lo que pensó y escribió D. Enrique sobre las artes mágicas *et non complideras de leer*: es más, creemos que dichos libros fueron compaginados á expensas de los suyos, aunque dándoles distinto ó más bien opuesto sentido, para que fuesen como refutación tácita de ellos.

No añaden muchos quilates á la fama de D. Enrique, aunque prueben el mucho estudio que había hecho de las Sagradas Escrituras, de sus expositores y de los filósofos moralistas, la explicación de algunos versículos del salmo *Quoniam videbo coelos tuos*; el *Tractado de la lepra y de como está en las vestiduras é paredes*, compuesto á ruegos del famoso médico Maestre Alfonso de Cuenca; y la *Consolatoria*, en extremo retórica, pedantesca y archilatinizada, que dirigió á Juan Fernández de Valera, caballero de su casa, que había perdido la mayor parte de su familia en la peste de Cuenca de 1422.

Más consideración merecen y han obtenido de la crítica *Los doze trabajos de Hércules* y el *Arte Cisoria*, únicas obras importantes de D. Enrique que hasta ahora han logrado los honores de la imprenta. Sin ser libros de primer orden, son agradables de leer, especialmente el segundo, que contiene bastantes curiosidades de costumbres de la Edad Media, y es el más antiguo libro de cocina, urbanidad y etiqueta de la mesa que tenemos en nuestra lengua.

Ambas obras, á pesar del aparato didáctico con que el autor las presenta, pertenecen, en rigor, á la litera-

tura recreativa más que á la científica, y *Los trabajos de Hércules* casi pueden considerarse como una tentativa de novela alegórico-mitológica: construcción curiosa, aunque endeble, de un renacimiento poco maduro, con muchos vestigios medioevales. Este libro, uno de los más antiguos de D. Enrique, fué escrito primitivamente por él en lengua catalana á *preces é instáncia del virtuoso caballero Mosen Pero Pardo*, y terminado en Valencia en Abril de 1417: la traducción castellana, único texto que hoy poseemos, hizola el autor mismo en Septiembre de aquel año, «*en la su villa de Torralva..... á suplicación de Johan Ferrández de Valera el mozo, su criado..... alongando en algunos pasos et en otros acortando, segunt lo requeria la obra..... por el trocamiento de las lenguas*». Fué, pues, D. Enrique, á lo menos en los primeros años de su vida literaria, escritor bilingüe, y, por decirlo así, mediador entre las literaturas de la España Oriental y de la Central; como cumplía á quien llevaba el apellido de la real casa de Aragón y se ufana de ser descendiente directo del rey D. Jaime II. Esta representación, en que no se ha reparado bastante, á pesar de hechos tan significativos como la presidencia que D. Enrique tuvo del Consistorio de Barcelona y el carácter puramente provenzal de su Poética, es de los rasgos que engrandecen y realzan la fisonomía literaria del de Villena, mostrándole como uno de los más activos precursores de la futura unidad intelectual de la Península, ya preparada desde principios del siglo xv por relaciones de muy varia índole.

Es observación acertada del Sr. Benicio Navarro, discreto biógrafo y panegirista de D. Enrique de Villena, que el estilo en esta primera obra suya es mucho más fácil, suelto y ameno que el de sus libros posteriores, y dista mucho de llegar á los excesos de aquella ridícula y bárbara sintaxis con que más tarde se empeñó en descoyuntar nuestra lengua, por temeraria imitación del hipébaton latino. La prosa de los *Tra-*